

APUNTES PARA PREVENIR, CONTRA
ALGUNAS IMPLICACIONES ¿CHAUVI-
NISTAS? EN LAS DENUNCIAS SOBRE
"PENETRACION CULTURAL"

JULIO SANCHEZ MARÍÑEZ

Vayamos directamente a nuestro asunto sin muchos preámbulos. Simple y llanamente no simpatizamos con el concepto de "penetración cultural". ¿Concepto? Más bien un pseudo-concepto, un término descriptivo, que no tendría más trascendencia que la de su utilidad para referirse a la industria cultural capitalista contemporánea si no fuera por las concepciones dentro de las que generalmente se emplea.

Entiendo que, tal como se acostumbra a emplear el término "penetración cultural" evidencia un *modelo hipodérmico* de la cultura, o más bien de las influencias culturales que recibimos, según el cual dichas influencias parecen llegar a nosotros por vía de una serie de inyecciones perfectamente manipuladas o dirigidas, según la versión más estrecha de estas posiciones. Nos parece simple y llanamente imposible el pensar adecuadamente el dinamismo y la interacción y los cambios culturales que experimentamos a partir de un pseudo-concepto como el de penetración cultural. Y mucho menos -y es a esto último a lo que se refiere fundamentalmente esta reflexión- a partir de las concepciones que animan a quienes apelan comúnmente al mismo en sus denuncias y rechazos.

Ponencia leída en el Seminario sobre "La penetración cultural".
INTEC, julio 1984.

En cierta forma nos ocupa un asunto tan viejo como nuestra propia historia, por lo menos nuestra historia republicana. Ya el propio Bolívar apuntaba "no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles". A esta situación reacciona Leopoldo Zea en los siguientes términos:

"Tal es lo extraordinario y complicado de esta América y su cultura. Cultura surgida de la unión, pero no asimilación, de la cultura propia de esos hombres. Cultura de expresiones encontradas y que, por serlo, lejos de mestizarse, de asimilarse, se han yuxtapuesto. Yuxtaposición de lo supuestamente superior sobre lo que se considera inferior. La misma relación que guardarán entre sí europeos y americanos, relación de señores y siervos, conquistadores y conquistados, colonizados y colonizadores. Relación que en el mestizo, tanto cultural como racialmente, se transforma en conflicto interno. Conflicto de hombre que lleva en su sangre y cultura al dominador y al bastardo. Bastardía que le viene al americano, no sólo por la sangre, sino también por la cultura, o simplemente por haber nacido en América y no en Europa".¹

Indeterminación, yuxtaposición, complejo de inferioridad, de bastardía, he ahí los términos con los cuales se discutió la particular situación cultural latinoamericana en un trayecto que arranca en la época de los movimientos separatistas e independentistas del continente. Así, en gran medida, el proceso de toma de conciencia de nuestra situación cultural estuvo dominado por la polémica entre los occidentalistas y los antioccidentalistas, dando lugar a largas controversias de orden teórico a lo largo de todo el siglo pasado.

Pero, como apunta Alberto Filippi, entre los defensores de la integración con Occidente y los que rechazando esa perspectiva buscaban una recuperación del pasado ilusorio latinoamericano como única alternativa frente a la creciente hegemonía europea, entre esas posiciones se colaba, por así decir, la realidad:

"La auténtica historia de todos los días seguía su curso en el proceso de simbiosis de las posiciones de ambos contendientes y, en todo caso, con poca ventaja en el plano de los resultados históricos, de las intenciones de los unos y de los otros, puesto que en realidad la presunta 'autonomía de la cultura latinoamericana' era socavada en sus fundamentos por una situación histórica de dependencia. Y, sin

¹ Zea, Leopoldo. *América Latina: largo viaje hacia sí misma*. UNAM: Cuadernos de Cultura Latinoamericana, n. 18.

embargo, en esta experiencia dolorosa, como apunta Leopoldo Zea, orientada a occidentalizar o a rechazar la occidentalización, se han encontrado comprometidos todos los pueblos latinoamericanos. Esfuerzo doble, contradictorio, en el cual fracasaron y siguen todavía fracasando muchas de las llamadas fuerzas liberales y conservadoras de América Latina. Por un lado, el esfuerzo por tratar de ser iguales a cierta nación occidental como Norteamérica y, por otro, el deseo de permanecer estáticos, como si la historia no fuese un eterno devenir. Algunos se han empeñado en construir un futuro que no tenga nada que ver con el pasado y otros en hacer permanente aquel pasado como si el futuro no existiera^{1,2}.

Es el caso que las formas de representación y de toma de conciencia de nuestra situación y proceso cultural resultaron insuficientes para orientar una acción cultural (o político-cultural) que tuviese efectos pertinentes en el devenir histórico de nuestras sociedades. Las posiciones anti-occidentalistas, por más románticas que fuesen, o precisamente por serlo, situaban de espaldas a las fuerzas reales de la historia que operaban en el continente en el siglo pasado. Para decirlo con palabras de Mariátegui:

"Enfocada sobre el plano de la historia mundial, la independencia sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalista".³

Las fuerzas históricas operantes nos pusieron en el camino de lo europeo como moderno, de lo moderno contra lo que podría llamarse tradición, de la idea europea de civilización contra el atraso localista. Ya en 1845, en su polémico ensayo *Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga*, Sarmiento lo expresaba así:

"El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada... allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto; el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos: sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas: parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro".

2

Filippi, Alberto. "Nota sobre las relaciones entre cultura latinoamericana y cultura europea". En: Chacón, Alfredo (comp.) *Cultura y Dependencia*. Caracas: Monte Avila Editores, 1975.

3

Mariátegui, José Carlos. *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana: Editorial Casa de las Américas, 1963.

Si esta postura era la adoptada por intelectuales a mediados del siglo pasado, otra, de profundización de la misma, sería mostrada a fines de dicho siglo. El modernismo, puede afirmarse, acentuó esta tendencia, contraponiendo entonces lo europeo a lo español, por lo que algunos podrán considerarlo como afrancesado. En cierta forma fue una búsqueda de posiciones de igualdad con los movimientos europeos, dicho sea de paso, exitosa. Ya en el modernismo se expresaron tendencias anti-norteamericanas que cobrarían más intensidad posteriormente en el *ariélismo*, con una ideología centrada en la educación como eje de una reforma que llevaría a la gradual transformación de la vida social y política de Latinoamérica, como marco apropiado para la orientación de los esfuerzos civilizadores por encima de los insuficientes márgenes nacionales. Ya a fines del siglo pasado, cuando España no representaba un peligro real para la independencia de nuestros pueblos, se empezó a ver con mayor generosidad a la "madre patria", produciendo así la generación arielista a destacados eruditos en estudios hispánicos entre los cuales se contaría con nuestro Pedro Henríquez Ureña. Por otra parte, el peligro real y patente estaba en los Estados Unidos. 1898, con Cuba y Puerto Rico, si bien nos traba el final del poderío español, marcaba el inicio del poderío norteamericano, que ya desde 1895 se anunciaba por boca del entonces Secretario de Estado norteamericano, Richard Olney, para quien los Estados Unidos eran "prácticamente soberanos en todo el continente", proclamando que su "voz sería ley sobre los asuntos a los que restringiría su intervención".⁴

Se pasaría entonces, en la medida en que avanzaba el nuevo siglo, al *nacionalismo cultural*. Este *nacionalismo cultural* galoparía sobre las fuerzas populistas de la época y significaría en buena medida una búsqueda y afirmación de nuestras raíces raciales y culturales, en contra de los sentimientos o complejos de inferioridad y de bastardía, para emplear los términos ya clásicos, y, por otra parte, un intento de postura crítica frente a la idea europea de cultura y a la valoración de la misma como arquetipo insuperable. Para decirlo con palabras de Jean Franco:

"La generación arielista se concebía a sí misma como la minoría selecta necesaria para conducir a sus semejantes hacia un modelo de civilización europea. Pero hacia 1918 la creencia en la superioridad de los sistemas culturales y sociales de Europa se había desvanecido. El

⁴

Herring, Hubert. *A History of Latin America from the Beginnings to the Present*. New York: Knopf, 1963.

espectáculo que ofrecían las grandes potencias al dedicar los recursos de la ciencia y la industria a una labor de exterminio resultaba escarnecedor a todos los latinoamericanos para quienes Europa había significado la cúspide de los valores humanos. La abrumadora influencia de los Estados Unidos después de 1898, el fracaso de Europa como ideal, los llevó a la búsqueda de una Utopía en el hemisferio americano. En la década de los veinte, músicos, escritores, pintores y escultores comenzaron por reandar el camino en un esfuerzo por encontrar en su tierra y en los pueblos indígenas las cualidades que había perdido Europa o de las que siempre había carecido. Muchos europeos creían que su civilización estaba en decadencia y trataban de hallar fuera de Europa una nueva era. Oswald Spengler, en *La decadencia de Occidente* declaraba que Europa no era la cultura más avanzada lograda por el hombre, sino sencillamente una de las muchas civilizaciones que como otras en el pasado —la egipcia, la griega, la romana— estaban destinadas a perecer⁵.

El nacionalismo cultural latinoamericano, con desiguales expresiones en intensidad y variedad a lo largo del continente, revelaba además de un propósito de re-encuentro con tradiciones propias y de búsqueda de originalidad, una revalorización de la cultura europea como ideal, precisamente después de todo un siglo de asimilación de la misma.

No es el momento para pasar balance a tal nacionalismo cultural. Simplemente apuntemos aquí que el mismo fue instrumentalizado por intereses políticos y clasistas de dudosa factura. Como apunta Abelardo Villegas:

"Se ha visto, por ejemplo, cómo algunos regímenes o ideólogos políticos han estimulado la demagogia de la originalidad para no comprometerse en las grandes luchas contemporáneas como la del socialismo y el capitalismo, y muchas veces para ocultar compromisos ya contraídos. Así, Haya de la Torre habló de la especialidad indígena de América, para abandonar las filas del socialismo y postular la necesidad de un capitalismo nacionalista y humanizado. Perón se refirió a las esencias argentinas, a la argentinidad, para postular un tercerismo, una revolución que no sería socialista, ni capitalista, sino justicialista, muy original y personal. En general, el originalismo político ha parado en una especie de reformismo en el que ciertas adiciones o transformaciones al liberalismo clásico han sido presentadas como obligadas por una realidad muy peculiar y sui generis. Eso sería el Estado

5

Franco, Jean. *La Cultura Moderna en América Latina*. México: Editorial Joaquín Mortiz. 1971.

Novo de Vargas a los últimos regímenes de la Revolución Mexicana".⁶

Hasta aquí un breve y atropelladamente esquemático repaso histórico de la cuestión. ¿Cómo pensar hoy la situación cultural latinoamericana? Son muchas las cuestiones implicadas y ni por tiempos ni por capacidad pretendo tocarlas siquiera tangencialmente.

Pero sí quisiéramos presentar en estas notas algunas interrogantes que contribuyan a dilucidar la cuestión.

Encuentro a menudo que detrás de las denuncias de penetración cultural existen posiciones que no rebasan efectivamente el marco del *nacionalismo cultural* que, a mi modo de ver, es un movimiento acabado, cuyos logros fueron más políticos que culturales y, como dijimos antes, de dudosa factura.

Hoy en día, pensar en términos estrechamente nacionalistas y con propósitos originalistas resulta no sólo iluso, como lo fue antes, sino además anacrónico. De manera similar, plantear la cuestión en términos de un dilema entre lo norteamericano y lo antinorteamericano parece una re-edición de la polémica entre occidentalistas y anti-occidentalistas, pero en tiempos y bajo condiciones muy distintas.

Vivimos hoy, culturalmente, en una *aldea global*. Dado que algunos ven en McLuhan un "ideólogo de la tecnocracia", me cuidaré, susceptible al chantaje, de emplear sus palabras y apelaré a las de Aníbal Quijano:

"En efecto, el desarrollo científico-tecnológico actual ha producido la situación que se mienta como una 'contracción del mundo', es decir, la inaudita reducción de las distancias culturales que permite la creciente emergencia de un sistema universal -planetario dicen algunos- de interdependencia cultural, servido por poderosos medios de comunicación cuyo alcance es diariamente ampliado por el desarrollo tecnológico.

Este emergente sistema de interdependencia cultural entraña un flujo creciente de intercambio de elementos culturales entre sociedades de diferentes bases concretas de ordenamiento social, y entre culturas cuyas orientaciones valórico-cognitivas no son en todos los casos ni equivalentes ni compatibles. Pero, asimismo, el sistema implica también el creciente conflicto entre elementos culturales, entre

6

Villegas, Abelardo. *Cultura y Política en Latinoamérica*. UNAM: Cuadernos de Cultura Latinoamericana, n. 24.

culturas y subculturas, entre orientaciones valórico-cognitivas, la lucha por la sobrevivencia o la hegemonía".⁷

Ciertamente que esta "interdependencia cultural" no es tan sencillamente así: el fenómeno de la "industria cultural" a través de los medios de comunicación masiva o *mass-media*, confiere una direccionalidad a este proceso que puede constatarse muy rápidamente en el hecho de que el 90 por ciento de las comunicaciones masivas son emisiones desde los países desarrollados y se estima que un 65 a un 70 por ciento lo son desde los Estados Unidos. Es con relación a esto que tiene sentido hablar de "penetración cultural".

No obstante, valdría la pena que se discutiera más a fondo la situación de cultura occidental, hoy hegemonizada por los Estados Unidos, situación que de alguna manera se refleja incluso en el contenido de las comunicaciones masivas, por más que éstas posean una lógica de industria cultural transformadora de las creaciones y materiales culturales de distintos tipos en productos masificados portadores de mitos y valores que conforman la moderna ideología tecnocrático-consumista. Pe se a todo ello, la situación no es tan simple. Quijano lo expresa en los siguientes términos:

"La nuestra es justamente una época en que los valores y comportamientos occidentales predominantes en lo que se da en llamar las "sociedades occidentales", son sometidos a una crítica cuya radicalidad y cuya intensidad tienen quizás raros paralelos históricos. Sin este marco no habrían acaso cristalizado aquellos conceptos y aquellas inquietudes, que a su modo son su resultante tanto como un intento de respuesta al deterioro de la lealtad de cada vez mayores grupos a la cultura dominante.

Por primera vez en su historia, las sociedades europeas-norteamericanas, autoras y protagonistas de la "cultura occidental", observan con desasosiego que sus generaciones más jóvenes levantan banderas y héroes provenientes de otras sociedades y culturas: Mao, Ho-Chi-Min, Guevara; que buena parte de ellas se interesan por y aun adopta valores ético-religiosos no-occidentales, como el budismo zen, no sólo en la búsqueda de nuevas bases de conducta para el hombre, sino también de nuevas vías de conocimiento extrañas a la vocación técnico-científica de "occidente". Muchos verán en estos fenómenos la presencia de modas de corto aliento, de snobismo, de alienación, de perversión. Muchos

7

Quijano, Aníbal. "Cultura y Dominación (Notas sobre el problema de la participación cultural)". En: Chacón, Alfredo (comp.) *Cultura y Dependencia*. Caracas: Monte Avila Editores, 1975.

otros, sin dejar de reconocer que todos esos elementos pueden estar activos en estas corrientes, verán también sin embargo el surgimiento magnético de las bases posibles de una nueva cultura, de una 'contra-cultura' alternativa".⁸

Esa es en parte la compleja realidad de la "cultura occidental", de elaboración europea o norteamericana, de nuestra época, sustancialmente distinta a la del pasado siglo. Frente a esta cultura deben producirse las reacciones propias de nuestros pueblos, que no pueden ser en modo alguno de simple y llano rechazo, en una actitud de aislamiento anacrónica y nunca culturalmente saludable. Habría que tomar en cuenta además que las condiciones de la vida moderna, a las cuales nuestros pueblos han accedido en buena medida (en mayor medida, culturalmente hablando, que lo que muchos suponen) ha generado un tipo de patrón urbano con características universales, que parece producir más coincidencias entre la situación del hombre, y, sobre todo del hombre joven (la cuestión generacional es una que hemos dejado de lado en estos apuntes), que se encuentra en cualquier gran ciudad, sea Buenos Aires, Caracas, Madrid, New York, Ciudad México, París o Montevideo, que las que podemos encontrar entre el habitante de Ciudad México y el de Tampico, o entre el de Buenos Aires y el de San Salvador de Jujuy, o entre el de New York y el de Waterbury, por más que se trate de ciudadanos de un mismo país. Digámoslo junto a Cardoso y colaboradores:

"Implícito en esto, está la idea de que la "civilización industrial" crea nuevos patrones culturales (valores, normas, símbolos, creencias, hábitos, etc.) consecuencias del propio proceso de desarrollo y diversificación de la economía y de la sociedad, respondiendo a las exigencias de la vida en sociedad.

Es posible, en este sentido, hablar de una "cultura urbana", de forma específica, como un conjunto de patrones que dirigen las relaciones sociales. La ciudad impone un estilo de vida. Exige el desempeño de funciones sociales cada vez más especializadas. Estas funciones sociales se distribuyen, obviamente, de modo diferenciado, según la posición que los individuos ocupan en la escala de la estratificación social. Es obvio también que las gratificaciones se distribuyen diferencialmente y de forma desigual, según la situación de los individuos en la escala social".⁹

8

Ibid.

9

Cardoso, Fernando et. al. "Consideraciones sobre el Desarrollo de Sao Paulo: Cultura y Participación". En: Castells, M.: *Imperialismo y Urbanización en América Latina*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili S.A., 1973.

El tiempo limita a exponer sólo en forma alusiva estas consideraciones (si se nos permite emplear así el adjetivo en cuestión). Pero creemos que las razones por las cuales vemos en las más comunes denuncias de penetración cultural, que denotan actitudes de simple nacionalismo cultural o hasta de chauvinismo moderado, en la mayoría de los casos, una fórmula de espaldas a la situación histórica que vivimos.

En todo caso, si se trata de enfrentar el fenómeno de la *industria cultural*, este no es simplemente un asunto de constatar su origen norteamericano. La *industria cultural* podría "nacionalizarse" (y tal vez México sea un ejemplo de ello) y sus efectos serían los mismos e incluso, quizá, más poderosos. Por otra parte, ¿qué ofrece nos como contrapartida? ¿Solamente el movimiento de revalorización de lo folklórico, con sus implicaciones positivas -aunque también otras discutibles-, pero en todo caso insuficiente? Planteado en otra forma... ¿qué de nuestra capacidad de generación cultural? Es ahí donde radica nuestra mayor debilidad. En una incapacidad histórica (si bien dicha incapacidad ha sido la de los grupos históricamente dirigentes) para generar una cultura nacional-popular que no nos aislaría de lo exterior, de las influencias culturales características de las sociedades contemporáneas (para bien y para mal, no para bien o para mal), pero que nos proveería de un marco de integración de los elementos culturales asimilados, y, sobre todo, de una fuente o substrato de *identidad cultural y nacional* tan importante en un período en el que las fuerzas centrífugas impulsan a la desnacionalización.

Nos parece que la discusión debería girar más en torno a este último asunto y que sería así más productiva, más que si proseguimos en el *denuncismo* de uno y otro caso de penetración cultural, sin diferenciar muchas veces los distintos contenidos de estas influencias culturales que, como apuntamos antes, no son siempre tan unívocas en su sentido político e ideológico. Que se puede pasar muy fácilmente del *denuncismo* puro y simple al chauvinismo estrecho. Y, guardando las diferencias, ya sabemos de la experiencia de destierro de la música clásica en la China de la "Revolución Cultural".

Si estas ideas presentadas así, en cierto desorden y por saltos más que en un discurso, sirven para ampliar la discusión, entonces, de algo han valido.